

«LAS PALABRAS ENTONCES NO SIRVEN»

Hace tres semanas el maestro Antonio García Trevijano demostraba en una de sus columnas cómo el mero hecho de hablar entre personas ideológicamente antagónicas y con intereses contrapuestos no sólo no tie-



no serían opiniones y sentires—. En muy pocas ocasiones nuestras palabras pueden cambiar la opinión de nuestro interlocutor adulto, y no es por falta de técnica persuasiva, sino porque las palabras de cada uno están contaminadas

por la experiencia que cada uno tiene del mundo que nombran las palabras («la ciudad de las palabras», que diría Platón). En las palabras no sólo late la experiencia colectiva de los hablantes de una lengua, sino también la experiencia personalísima de cada usuario. Las palabras que emplea cada uno reflejan la historia de cada uno. Por ello las palabras no nacieron para logomaquias y triunfos de la razón individual, sino para la simple comunicación de la soledad singular de las almas, para decir cada uno quién es y cuál es su circunstancia, para averiguar quiénes son los demás y cuáles son sus circunstancias (los «yo-es» exteriores que amamos a partir de nuestra propia «philautía»), como hilo conductor de amor que nos ata a la vida y nos salva. Y no es propio del hombre libre hablar por amenazas, como decía la desgraciada Deyanira al mentiroso Licas.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

LA DICHA AJENA

Todo lo deseable, como la salud, el éxito, la fortuna, depende de un corazón bondadoso. Haciendo el bien se vive mejor. Es una sencilla lección que aprenden, de críos, los tibetanos. Y, junto a ella, la de alegrarse con la dicha ajena. Con la prosperidad de los otros. Más adelante, los lamas les enseñarán que sólo en el esfuerzo constante y consciente para actuar pensando en el bienestar de los que están alrededor —y más allá— está el sentido de la vida. Cuanto más nos importan los afanes y esperanzas de los demás, cuanto más trabajamos por su bienestar, mejor sonreímos y reímos y vivimos. El cielo está aquí. Y el in-

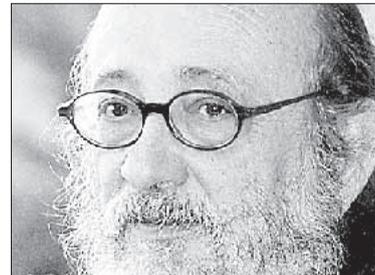
El gran poeta Blas de Otero, tan injustamente olvidado, reconoce a lo largo de su obra que la palabra, más que un instrumento de progreso, es, la mayoría de las veces, un desahogo ontológico con que se increpa al propio destino, por el esencial fracaso del hombre, demostrado cotidianamente con tantas injusticias y dolor. Nos recordaba el poeta bilbaíno en su «Cartilla (poética)»: «Ah las palabras más maravillosas, / «rosa», «poema», «mar», / son m pura y otras letras: / o, a...». Eso sí, la palabra nos queda como el último refugio del ser: «Si abrí los ojos para ver el rostro / puro y terrible de mi patria, / si abrí los labios hasta desagarrármelos, / me queda la palabra». Y la palabra sabe que en sí misma, sin los fuertes aliados mencionados, es impotente: «Las palabras son tristes. Tienen miedo / a quedarse en palabras o en promesas / que lleva el aire como un beso muerto: / pobres palabras que el olvido entierra».

¿De qué voy a hablar con quien me asesina, o me viola, o me roba, o me engaña, o me llama «inmigrante» en mi propia tierra y en la de mis padres? Queremos un poco de respeto; creemos tener derecho en no hablar con nuestros tiranos, nuestros asesinos, nuestros ladrones, nuestros gorriones, nuestros nazis del Norte. Necesitamos que los interlocutores, tanto el «tú» como el «yo», cumplamos unas mínimas condiciones de «animales políticos». Quiero ver a quien me mata en el campo de batalla, y no en el Parlamento o en la tertulia. Me parecen más humanos y civilizados por su dignidad los inmortales cantos de guerra de Tirteo en ritmo anapéstico que las pusilánimes palabras que retroceden con indignidad suicida. En estos casos que aquí comento mejor es un mudo solipsismo que el diálogo cobarde del esclavo.

Si existiera una única verdad, una especie de monismo gnoseológico y moral de corte eleático, entonces cabría la esperanza entre los que han llegado a tal verdad única de pescar «a los descarriados» con un uso de las palabras adecuado y coherente con esa única verdad gnoseológica y moral. Pero parece que la pluralidad y multiplicidad de opiniones y sentires se nos impone —si no fuera así,

AÑO 2004. (Y VIII): DERECHO DE GENTES

Estas reflexiones, que apenas si hemos esbozado en los presentes artículos, quieren terminar con un canto de solidaridad. Algunos piensan que los derechos humanos, una hermosísima declaración, son, total



o parcialmente, papel mojado en la mayor parte de los países del mundo. Un juguete en manos de los poderosos, que como el chicle estiran o esconden a su antojo. Cuando quieren los prescriben. Otras veces los exhiben alardeando de ellos, aunque raramente los cumplan. Y, sin embargo, insistimos, son una declaración que justificaría un único Tribunal Penal Internacional con absolutas competencias para quienes vulneraran uno solo de ellos. Mas, ¿quiénes serían los jueces ¿acaso es posible ya la existencia de una justicia libre?

A principios de los años 90, Rafael González Más, entonces presidente de la Sociedad Iberoamericana de Rehabilitación, me encargó coordinar una carpeta que, bajo el enunciado de «Derecho de Gentes» y auspiciada por el Instituto de Servicios Sociales del Ministerio de Asuntos Sociales español, creara una serie de reflexiones y dibujos de un grupo de pintores y escrito-

res que colaboraran de forma desinteresada y voluntaria en la misma. La galería Juan Mordó se encargó de la donación de la obra original de los pintores y por mi parte yo busqué a 18 escritores que aceptaron tan desprendida como

generosamente enviarme sus colaboraciones, un pequeño texto en verso o prosa, reproducidos literalmente y transcritos en la carpeta.

Una vez recibidos los textos originales, entresaqué una línea de cada uno de ellos para componer el siguiente collage:

«Niños, ancianos maltratados / de voces enmudecidas / en un mundo socialmente viejo. / Reproducimos en la escuela lo que la sociedad nos enseñaba. / Y el camino del pensar, concluyó, para algunos, a los veinte años. / Músicas para acallar a quienes ya ni cuerpo tienen / para quienes quedarán, para siempre, en el abismo de los marginados. / ¿No necesitamos para el débil una estética de la protección? / ¿Y una fiesta, la Navidad, para recordar su nacimiento en un pesebre? / En inhumana marea de intereses implacables / llamamos, por ellos, a las conciencias de los ciudadanos. / Nadie en nuestro mundo puede alegar desconocimiento / que la sociedad, como culpable, sería juez y parte. / Y nos miramos en los ojos tristes y hundidos de una mítica figura / para ver a los nadies que cuestan menos que la bala que los mata / para que niños y ancianos no coincidan de ancianos en el lamento / en esta civilización que por oscura y bárbara a sí mismo se condena».

Los autores, enumerados según los fragmentos compuestos, una línea entresacada de cada texto que con mínimos cambios me sirvió para realizar el montaje final, fueron los siguientes: Miguel Delibes, Horacio Vázquez Rial, Salvador Pániker, Javier Sádaba, Jorge Enrique Adoum, Carlos Meneses, Luis de Pablo, Carlos París, Fernando Savater, Antonio Gala, Antonio Buero Vallejo, Claribel Alegría, Laura Olmo, Elena Soriano, Miguel Barnet, Eduardo Galiano, Raúl Guerra Garrido y José Jiménez Lozano.

Terminaba yo firmando: «Por el Derecho de Gentes». Pensando en los derechos del ser humano. Al traer a colación estos textos, pienso que sería necesario en nuestros días, en este año 2004 en el que hablo de la necesaria reflexión, movilizar conciencias de todos los pensadores del mundo para establecer un nuevo Decálogo que se impusiera y movilizara a los pueblos en la búsqueda de la paz auténtica, la felicidad compartida, la justicia sin discriminaciones, la igualdad de todas las mujeres y hombres y de los pueblos del mundo, la fraternidad como única norma de conducta, como único código moral que guiara nuestros pasos.

Claro que los utópicos son optimistas. Los otros, quienes piensan que todo está bien hecho, son los conformistas, pesimistas que aceptan la existencia del mal como eje del Universo. Nosotros no queremos resignarnos a nuestra condición de condenados.

Andrés SOREL

REBOREDO Y SAÑUDO

